

Entre la medicina y mi padre

Karen Lizeth Álvarez Raigoza

¡Quiero ser la médica de tu corazón!

Eso decía a mi abuelo cuando era niña; tenía mi equipo de instrumentos médicos, que me acompañaba en las horas de juego y una libreta donde anotaba los medicamentos que mi abuelo tomaba, como una especie de vademécum. Tomaba las consignaciones de los bancos y los hacía pasar por recibos de pago de la consulta médica. El patio de mi casa era mi consultorio; la puerta, el ascensor; mi amiga imaginaria, la secretaria.

¡Yo te voy a salvar la vida!

Esto repetía a mi abuelo cada vez que se complicaba de salud mientras miraba sus ojos y su rostro de dolor, porque también era mi dolor. Cada episodio de agudización que ha tenido quien ha sido como mi padre, es como si una malla de hierro comprimiera mi corazón y fuese yo quien necesitase un cardiólogo.

¡Te voy a ayudar papá!

Aún se lo digo cada noche que lo llamo a pedirle la bendición y darle las buenas noches, porque sé que aunque falta camino por recorrer, aspiro a ser pronto una excelente doctora que lo pueda acompañar e intervenir más para mejorar su calidad de vida.

Quizás la solidaridad y el amor por acompañar y ayudar a quienes me rodean, ha sido el motivo para estudiar medicina. Pero serán las experiencias con mi padre y el profundo amor que siento por él, el más poderoso motivo para ser una médica excelente. Debo serlo si mi visión está en ayudar, tratar y mejorar la calidad de vida de mi padre y de muchos abuelitos más que están frágiles y enfermos. Quiero tratarlos con la misma o mejor forma como han tratado a mi padre.

Todas estas memorias han resurgido más últimamente en mi práctica en la Clínica de Occidente pues cada vez que veo a un abuelo con alguna afección cardiaca, se remueve en mí un recuerdo de mis 11 años, cuando estuve en esta misma clínica en condiciones muy diferentes. En ese momento mi gran preocupación era la vida de mi abuelo que había ingresado a una cirugía de corazón abierto y aunque lo sigue siendo actualmente, a mis 11 años solo estaba en bachillerato, anhelaba estudiar medicina, era simplemente la niña que esperaba noticias en una sala de espera y que no podía hacer más que escuchar y creer en lo que los adultos le decían.

Ahora soy estudiante de medicina, entiendo estos aspectos de la salud mucho más que antes y puedo ingresar a la UCI sin ningún problema. No seré la niña, la familiar del paciente de la cama 12 o 13; ahora soy la practicante que ve a los pacientes y que ellos llaman a veces "Doctora". Quizás es muy válido aquel refrán que dice: "La vida da muchas vueltas". Eso me ocurrió con esta experiencia en la clínica.

Espero cumplirle a mi padre y a mí misma. Por eso sigo mi camino para ayudarlo a él, a quienes me necesiten y de paso a mí.